

## SOBRE EL ASOMBRO

Siempre quise ser escritor, deseo bastante curioso, si se tiene en cuenta que la profesión que me dio de comer durante años, fue la de contador.

Cuando me jubilé, hace de esto tres meses, pensé que era el momento indicado para dedicarme a escribir la gran novela, proyecto que arrastraba desde la adolescencia.

Para ello traté de buscar varios relatos empezados que nunca pude terminar. Encontré muchos papeles amarillentos tipiados con la vieja Olivetti y dos intentos escritos en computadora, cuyo papel también amarilleaba.

En definitiva, que he empleado esos tres meses en leerme, reírme de mis veleidades de novelista y concluir que la narrativa breve, que era lo único que había logrado terminar, y no siempre, es mi única posibilidad.

Durante esa agrí dulce tarea, recordé el asombro que sentía durante mi adolescencia y lejana juventud, al poder hilar una frase que me agradara o un entramado de palabras, que relataran coherentemente una historia cualquiera.

Continuando con los recuerdos, me pregunté cuánto hacía que no me asombraba por algo que me concerniese.

Podía racionalmente entender que había muchas cosas para el asombro, por ejemplo que yo estuviese vivo y gozando de buena salud, después de haber estado un mes en coma, como consecuencia de un accidente automovilístico ocurrido hacía quince años.

Con el tiempo y mi “buena suerte”, se había naturalizado el episodio y era sólo una parte sin importancia de mi biografía que sólo interesaba a mi abogado que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue empeñado en cobrar la indemnización que me adeudan.

El empeño del letrado podía asombrarme, pero lo conozco desde la escuela primaria y siempre fue famoso por su tenacidad.

Los amigos de siempre, tenemos la costumbre de reunirnos los sábados por la mañana en el café del barrio; creemos que todavía no somos lo suficientemente viejos para tomar sol en la plaza.

Uno de esos sábados, decidí preguntar a mis contertulios cuándo había sido la última vez que algo les hubiera causado asombro.

Los “muchachos” me miraron con desconfianza, como si estuviese preguntando algo íntimo y vergonzante.

También, estaba alterando el orden establecido desde hace años en cuanto a la conversación: primer tema, fútbol; segundo, política o economía; tercero -si queda tiempo- alguna referencia a la familia.

Expliqué que estaba ayudando con una encuesta a un supuesto amigo sociólogo y les pedí su colaboración.

Se revolvieron inquietos y comenzaron a enumerar un montón de cosas que eventualmente podrían causarles asombro: que los políticos no fueran corruptos, que los dirigentes de fútbol no fueran

deshonestos, que el nieto mayor terminara el bachillerato o hiciera alguna cosa útil en su vida, que su mujer pudiera cocinar algo medianamente apetecible...

A medida que las posibles causas de asombro se hicieron más personales y ocurrentes, el tema los entusiasmó, las carcajadas aumentaron y nadie se ajustó a la consigna.

No obstante les había alegrado la mañana, tanto que a las once decidimos cambiar el tercer café del día por un vermú, hecho que se producía excepcionalmente.

A las doce empezaron a irse, quedé sólo con mi mejor amigo. Pablo es profesor de filosofía, odia que lo llamen filósofo y dice que es sólo un repetidor de teorías que otros elaboraron hace siglos, no obstante lo considero la persona más inteligente que conozco.

Pablo adivinó enseguida que yo quería hablar del tema con él. Dijo que en su opinión la humanidad había perdido su capacidad de asombro y para corroborar sus palabras me dio algunos ejemplos:

- Sabés que he viajado un poco, principalmente por Europa. ¿Creés que algo de lo que he visto me ha sorprendido? La Acrópolis, el Coliseo romano, la Plaza Roja, la torre Eiffel, incluso las grandes obras de arte de los museos, ¿qué sorpresa pueden causar cuando ya las has visto en fotos, en videos o en Internet? Puedo decir que sentí mucha emoción cuando vi por primera vez el Guernica en Madrid, pero ¿sorpresa? Cuántas reproducciones del Guernica había visto para ese entonces.

Se detuvo a pensar y luego continuó:

- Sorpresa habrá sentido Marco Polo cuando se contactó con las culturas orientales o Colón cuando llegó a América. Ahora nada nos sorprende.

Decidí consultar a mi mujer; cuando le hice la consabida pregunta, se quedó mirándome con suspicacia tratando de descubrir qué mensaje furtivo había detrás de la sencilla pregunta.

Debo aclarar que mi mujer es psicoanalista y tantos años de profesión han provocado que en la vida cotidiana actúe como si estuviera con sus pacientes, tratando de descubrir qué contenidos inconscientes se esconden detrás de cada palabra.

Cuando recién nos casamos esa actitud me enfurecía y le gritaba "no estás en el consultorio, sólo soy tu marido". Con el tiempo aprendí a aceptarla y tolerarla como es, por eso seguimos casados.

De pronto recordé a la única persona a la que creo que realmente sorprendí con mis delirios: fue a una novia de mi juventud que se asombraba de mi espíritu bohemio y de mis proyectos locos, si proyectos locos pueden llamarse: querer ser artista, montar un espectáculo ambulante al mejor estilo de los juglares del medioevo, recorriendo los caminos en una carreta tirada por mulas. Ella fue la única que conoció esos delirios, me avergonzaba contárselos a otros.

Mi ex novia era muy linda, sobre todo cuando me escuchaba abriendo sus hermosos ojos, actitud que yo interpretaba de asombro o admiración.

Casualmente, Lucía vive a pocas cuadras de casa y frecuentemente nos encontramos en el supermercado. Está casada con un colega mío y sigue siendo una mujer bastante atractiva, a pesar de que ya es abuela.

Caminé hasta su casa y le pregunté al portero en qué piso vivía. El encargado, después de llamar por el teléfono interno y preguntar si podía dejarme pasar, me indicó el piso.

Lucía me esperaba en el palier, estaba muy linda con un conjunto deportivo. Cuando me vio, dijo que le perdonara la facha, porque recién llegaba del gimnasio.

Después de aceptar un café, retomé el tema que me había llevado a verla y le pregunté sobre su posible asombro ante mis fantasías adolescentes.

Pensó un rato antes de contestar, es difícil pedirle a una cincuentona que de golpe recuerde sus amores juveniles y las emociones asociadas a esos devaneos.

Cuando terminó su café dijo:

-No creo que me sorprendiera, en realidad comprendía que era una forma de seducción; en ese tiempo había que demostrar admiración o asombro por las palabras del pretendiente, y las chicas lo practicábamos con nuestros novios.

-Por suerte esa costumbre cambió. No sé si el cambio fue mejor, si vemos la cantidad de divorcios... quizás un poco de hipocresía sea necesaria.

Me despedí de Lucía agradeciendo su sinceridad y dejando saludos para su marido.

Esa noche vi un programa en el cual se cuestionaba la verosimilitud de la llegada a la luna.

Se demostraba, pruebas científicas mediante: documentos, filmaciones, fotografías, y otras tecnologías, que el alunizaje no podría haber sido real. Todo había sido un montaje, una patraña filmada en un estudio con el propósito de engatusar a los rusos y ganar puntos en la carrera del espacio.

Recordé que cuando lo vi por televisión en 1969, me asombré profundamente por esa hazaña de la humanidad, hoy no me causaba ningún asombro saber que sólo fue un truco en el contexto de la guerra fría.